

IV DOMINGO DE ADVIENTO, 23 diciembre 2018 (Lc 1 39-45)

¿QUIÉN SOY YO PARA QUE ME VISITE LA MADRE DE MI SEÑOR?
Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Video: https://www.youtube.com/watch?v=LqHv8GV_SBQ

Lc 1, 39-45

39 Por aquellos días María se puso en camino y fue a toda prisa a la sierra, a un pueblo de Judá;

40 entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

41 Al oír Isabel el saludo de María, la criatura dio un salto en su vientre e Isabel se llenó de Espíritu Santo.

42 Y dijo a voz en grito: -¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!

43 Y ¿quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?

44 Mira, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre.

45 ¡Y dichosa tú por haber creído que llegará a cumplirse lo que te han dicho por parte del Señor!

La nueva situación con Dios que Jesús establece, la de ser semejantes al Padre acogiendo su espíritu, queda muy bien reflejada en la escena que leemos y comentamos en este domingo, el último de Adviento, tomado del evangelista Lucas.

“Por aquellos días María se puso en camino y fue a toda prisa a la sierra, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.” María, que ya ha concebido en su vientre ese fruto bendito de Dios con nosotros, no reserva la experiencia para sí misma, sino que tiene que compartirla. Esa es ya una imagen de la nueva relación con Dios que Jesús nos enseñará: la de saber llevar Dios a los hombres.

A Dios con Jesús ya no hay que buscarlo ni buscar lo sagrado, si no que ahora con Jesús, es Dios quien se acerca a los hombres. Es lo que hace María llevando una nueva arca de la alianza en su vientre. La presencia de Dios mismo.

Lucas ha construido esta escena, tomando como referencia el segundo libro de Samuel, cuando el arca de la alianza fue rescatada por David de los filisteos. Llevándola a Jerusalén hizo una parada en casa de un tal Obed, durante tres meses, y la casa de ese hombre fue bendecida.

Ahora Lucas introduce una novedad completamente insospechada, porque ahora no se trata de un objeto de culto, un objeto de madera que contiene a las tablas de la Ley en piedra, sino que ahora es una persona, María, donde en su carne se manifiesta a Dios con nosotros; y no es para un único pueblo, como era la Ley de Moisés, sino para toda la humanidad, como dice Lucas, cuando entra en la casa de Zacarías, casa que representa a la humanidad que espera la llegada del Dios con nosotros.

Lucas describe los efectos del saludo que tuvo en la pariente de María, Isabel. **“Al oír Isabel el saludo de María, la criatura dio un salto en su vientre e Isabel se llenó de Espíritu Santo.”** Lucas no nos dice cuáles han sido las palabras de María, sino que nos describe los efectos, que son saludables. Se dice del saltar de alegría del niño en el vientre de su madre, y del espíritu santo que ha colmado a Isabel, que podrá exclamar con gran voz aquello que su marido, el sacerdote Zacarías, no es capaz de hacerlo porque se ha quedado mudo, por su incredulidad.

“¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! Y ¿quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?” María es exaltada como bendita porque lleva en su vientre la presencia del Dios con nosotros. No es como el arca de la alianza de David, sino la persona que en su carne ha concebido la presencia de un Dios que se hace cercano. Isabel la ha bendecido con la actitud de saber acoger, y como veremos ahora también, saber fiarse de sus palabras. Ese Dios que viene al encuentro de los seres humanos es lo que dice Isabel: **“¿quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?”**

Isabel de nuevo narra lo que ha sucedido al encuentro con María, sintiendo sus saludos y palabras: **“Mira, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre.”** Ese es la experiencia de haber acogido la buena noticia: ser una buena noticia para los demás y comunicar a los demás la vida que se lleva dentro.

Por eso a María se le dirige la primera bienaventuranza de todo el evangelio: **“¡Y dichosa tú por haber creído que llegará a cumplirse lo que te han dicho por parte del Señor!”** La bienaventuranza consiste en fiarse de una palabra que se cumple con la colaboración humana. Esa es la novedad que Jesús propone a los seres humanos.

Saber acoger una propuesta de vida, acogiendo a ese Dios a través del espíritu que comunica para que su palabra se realice en nosotros, y su diseño se pueda cumplir y podamos ser dichosos, personas completamente felices.

La felicidad es la de poder compartir con los demás esa buena noticia, la presencia del Dios con nosotros, que se hace cercano y que quiere solamente ser manifestado a los demás.